

fiel, y obtenednos del Dios de quien sois Vicario, que por vuestra bendición apostólica estos sentimientos sean la más preciosa herencia que nosotros podamos legar á nuestros hijos.

Pro IX contestó:

Un Profeta del Antiguo Testamento se quejaba un día á Dios de que el pueblo de Israel había abandonado los altares del Señor para acudir á los de Belial. "Todos, decía ese Profeta, doblan la rodilla delante de Belial; y sólo yo, Señor, he permanecido fiel y no he inclinado mi frente ni he abandonado vuestros altares." Pero la respuesta del Señor lo confundió muy pronto respecto de sus quejas y de su vanidad. "Tú no eres el único, le dijo el Señor, que no dobla la rodilla delante de Belial, pues hay miles de miles fuera de ti que tampoco se inclinan delante de la impiedad y del error." Vemos en los tiempos que corren una situación muy semejante á la que nos presentan las Santas Escrituras en el pasaje en que se halla el diálogo entre el Profeta á que hemos aludido y Dios. ¿Cuántos no hay en Roma, en Italia y en otras partes que por debilidad, ó guiados por el espíritu del mal, han doblado y siguen doblando la rodilla delante de ese Belial de la Revolución italiana, ó mejor dicho, de la Revolución europea!

A pesar de esto, no puedo negarse que miles de personas, en Italia y en Europa, jamás se han prosternado delante de esa divinidad sanguinaria. Y me contento al presente con nombrar á Europa, sin pasar en revista las distintas naciones que la forman, porque al hablar del amor de tantos miles de católicos, temería olvidar á muchos de ellos; y entonces los que no hubiera mencionado podrían venir á quejarse y á decirme, como ya otras veces ha sucedido: "Santísimo Padre, en vuestro último discurso habeis hablado de las demas naciones, y nos habeis

pasado en silencio; ¿por ventura hemos caído en vuestro desprecio? ¿no os amamos tanto como los otros?" Por eso, pues, hablo de Europa y del nombre católico, sin hacer enumeración de las distintas naciones, para que no se me acuse de ser un murmurador de los pueblos. No, yo no soy murmurador de los pueblos; pero sí de los Principes y de los Gobiernos. (*Al oír estas palabras todo el auditorio se sonrió, y el rostro del Padre Santo expresaba la más delicada y espiritual bondad*).

El mayor milagro de esta fidelidad del pueblo católico no consiste sólo en las palabras con las cuales nos manifiesta su amor y su fe, sino también, y principalmente, en las abundantes limosnas que nos envía; y es así como vemos cumplirse las palabras del cántico sagrado: *Esurientes implevit bonis et divites, dimisit inanes*. Los pobres del Vaticano están, pues, provistos de todo lo necesario, no solamente para sí, sino también para los demás: *esurientes implevit bonis*. Pero la parte restante del texto sagrado no está ménos confirmada, y vemos por el contrario al Gobierno expoliador lleno de deudas y sin dinero; pero ni siquiera con el recurso del papel moneda. Lo vemos reducido á una miseria tal, que aun el registro más minucioso de sus areas no daría una sola moneda, aunque se buscara con la linterna de Diógenes. *Divites dimisit inanis*. La Santa Escritura llama en otro lugar á estos ricos, *fastidiosos divites*. Jamás pudo inventarse nombre más apropiado, porque verdaderamente ellos son muy fastidiosos y molestos; *fastidiosos* con sus cargas, sus impuestos y la opresión de toda clase con que abruma al pobre pueblo.

Continuad mostrándoos siempre fieles y decididos, y marchad por la vía que tan noblemente habeis emprendido. Vuestra fidelidad hace vuestro mayor elogio y constituye mi más dulce consuelo. Ella es para mí un

bálsamo, un estímulo, una recompensa. Vosotros sois mi contento y formáis mi más bella corona. Sed, pues, siempre constantes y fieles. Hace muy pocos días que recibí el homenaje de un libro, que mis numerosas ocupaciones no me han permitido todavía hojear, pero cuyo sólo título contiene una enseñanza. Ese libro se llama *La Constancia*; y es la constancia lo que ruego á Dios os conceda. La constancia, lo sé, es un efecto de la gracia, es un don gratuito de Dios; pero él no la niega á los que la piden y hacen todo lo que les es posible para alcanzarla. Si, tened constancia en las numerosas buenas obras que haceis, y Dios os bendecirá y os enviará sus consuelos: tened constancia, y continuad siempre dando el buen ejemplo de fidelidad y de piedad, y educando á vuestros hijos en el amor y temor de Dios.

Pedidle esa constancia; rogad á los cinco más grandes santos, (y cuando digo los más grandes, no es que quiera emitir juicio sobre el mayor ó menor mérito de los santos en general, sino que me refiero á los que la Iglesia considera como más elevados en el cielo); rogad, pues, á San Pedro para que os alcance una fe inquebrantable; rogad á San Pablo para que merezcáis tener como el gran cielo por la religión y la propagación de la palabra de Dios; encomendaos á San Juan Bautista para que tengáis como él el desprendimiento de los bienes de este mundo, y el valor de desafiar y hacer frente á la iniquidad; el combatió la impiedad y los escándalos de los poderosos de su tiempo, y no tuvo temor de los Reyes ni de las prisiones. Pedid á San Juan Evangelista para que os conceda el don de la caridad. Vosotros sabéis que San Juan ha sido llamado el Apóstol de la caridad y que la predicó siempre á sus discípulos. *Filioli*, les decía, *diligite alterutrum*; y tanto les repetía estas palabras, que se cansaban de oírselas. Pero el santo Apóstol no por eso dejaba de

repetirles: *Diligite filiioli alterutrum*; porque la caridad es fundamento de todas las virtudes. En fin, rogad á San José, á quien hemos escogido por Protector de la Iglesia, para que la proteja y la libre pronto de todos los males que la abruma; y pedidle también que os asista en la hora de la muerte y os haga tranquilo y fácil el tránsito de esta vida de miserias á la bienaventuranza eterna.

Sed, pues, constantes; y pedid á Dios y á sus Santos que os confirmen en esta virtud, que constituye vuestro honor y mi más dulce contento. Entre tanto, os bendigo: bendigo á vuestras familias, vuestros bienes, vuestros negocios; ruego á Dios que os bendiga y recompense, y que os conceda la gracia de ver á vuestros queridos hijos conservarse siempre como buenos. Que esta bendición os acompañe todos los días de vuestra vida, y despues en el Paraíso durante toda la eternidad.

Benedictio Dei, &c.

LA MEDIA RELIGION.

Hay en religion doctrinarios como en política. Hay hombres que por huir de los extremos de ser religiosos de veras, ó de veras irreligiosos, adoptan en estas materias un cierto término medio que les permita ir tirando, tirando siempre, navegando, como se dice, entre dos aguas. Su divisa es: ni impiedad, ni fanatismo. Por impiedad entienden las blasfemias de Garrido y de Suñer, y el programa ateo de la Internacional. Por fanatismo entienden (¿quién ignora lo que entienden ciertas gentes por fanatismo?) las prácticas populares de piedad, el dogma de las indulgencias, la Buía, los ayunos, la frecuencia de los Sacramentos, la novena, el Trisagio, &c. Estos tales suelen jactarse á boca llena de ser ellos los únicos que lo entienden como debe entenderse todo en el siglo de la ilustración. La masa

Br. W. C. J. Salas 3 / 11379 p. 627 - 629. ed. 21. 12. 27. 6. =
 Bog. Mayo 19 1874 # 40 0001 X

151

3918

fiel, y obtenednos del Dios de quien sois Vicario, que por vuestra bendición apostólica estos sentimientos sean la más preciosa herencia que nosotros podamos legar á nuestros hijos.

Pro IX contestó:

UN Profeta del Antiguo Testamento se quejaba un día á Dios de que el pueblo de Israel había abandonado los altares del Señor para acudir á los de Belial. "Todos, decía ese Profeta, doblan la rodilla delante de Belial; y sólo yo, Señor, he permanecido fiel y no he inclinado mi frente ni he abandonado vuestros altares." Pero la respuesta del Señor lo confundió muy pronto respecto de sus quejas y de su vanidad. "Tú no eres el único, le dijo el Señor, que no dobla la rodilla delante de Belial, pues hay miles de miles fuera de ti que tampoco se inclinan delante de la impiedad y del error." Vemos en los tiempos que corren una situación muy semejante á la que nos presentan las Santas Escrituras en el pasaje en que se halla el diálogo entre el Profeta á que hemos aludido y Dios. ¿Cuántos no hay en Roma, en Italia y en otras partes que por debilidad, ó guiados por el espíritu del mal, han doblado y siguen doblando la rodilla delante de ese Belial de la Revolución italiana, ó mejor dicho, de la Revolución europea!

A pesar de esto, no puede negarse que miles de personas, en Italia y en Europa, jamás se han prosternado delante de esa divinidad sanguinaria. Y me contento al presente con nombrar á Europa, sin pasar en revista las distintas naciones que la forman, porque al hablar del amor de tantos miles de católicos, temería olvidar á muchos de ellos; y entonces los que no hubiera mencionado podrían venir á quejarse y á decirme, como ya otras veces ha sucedido: "Santísimo Padre, en vuestro último discurso habeis hablado de las demas naciones, y nos habeis

pasado en silencio; ¿por ventura hemos caído en vuestro desprecio? ¿no os amamos tanto como los otros?" Por eso, pues, hablo de Europa y del nombre católico, sin hacer enumeración de las distintas naciones, para que no se me acuse de ser un murmurador de los pueblos. No, yo no soy murmurador de los pueblos; pero sí de los Principes y de los Gobiernos. (Al oír estas palabras todo el auditorio se sonrió, y el rostro del Padre Santo expresaba la más delicada y espiritual bondad).

El mayor milagro de esta fidelidad del pueblo católico no consiste sólo en las palabras con las cuales nos manifiesta su amor y su fe, sino también, y principalmente, en las abundantes limosnas que nos envía; y es así como vemos cumplirse las palabras del cántico sagrado: *Esurientes implevit bonis et divites, dimisit inanes*. Los pobres del Vaticano están, pues, provistos de todo lo necesario, no solamente para sí, sino también para los demas: *esurientes implevit bonis*. Pero la parte restante del texto sagrado no está ménos confirmada, y vemos por el contrario al Gobierno expoliador lleno de deudas y sin dinero; pero ni siquiera con el recurso del papel moneda. Lo vemos reducido á una miseria tal, que aun el registro más minucioso de sus arcas no daría una sola moneda, aunque se buscara con la linterna de Diógenes. *Divites dimisit inanes*. La Santa Escritura llama en otro lugar á estos ricos, *fastidiosos divites*. Jamás pudo inventarse nombre más apropiado, porque verdaderamente ellos son muy fastidiosos y molestos; *fastidiosos* con sus cargas, sus impuestos y la opresion de toda clase con que abruma al pobre pueblo.

Continuad mostrándoos siempre fieles y decididos, y marchad por la vía que tan noblemente habeis emprendido. Vuestra fidelidad hace vuestro mayor elogio y constituye mi más dulce consuelo. Ella es para mí un

balsamo, un estímulo, una recompensa. Vosotros sois mi contento y formais mi más bella corona. Sed, pues, siempre constantes y fieles. Hace muy pocos días que recibí el homenaje de un libro, que mis numerosas ocupaciones no me han permitido todavía hojear, pero cuyo sólo título contiene una enseñanza. Ese libro se llama *La Constancia*; y es la constancia lo que ruego á Dios os conceda. La constancia, lo sé, es un efecto de la gracia, es un dón gratuito de Dios; pero él no la niega á los que la piden y hacen todo lo que les es posible para alcanzarla. Sí, tened constancia en las numerosas buenas obras que haceis, y Dios os bendecirá y os enviará sus consuelos: tened constancia, y continuad siempre dando el buen ejemplo de fidelidad y de piedad, y educando á vuestros hijos en el amor y temor de Dios.

Pedidle esa constancia; rogad á los cinco más grandes santos, (y cuando digo los más grandes, no es que quiera emitir juicio sobre el mayor ó menor mérito de los santos en general, sino que me refiero á los que la Iglesia considera como más elevados en el cielo); rogad, pues, á San Pedro para que os alcance una fe inquebrantable; rogad á San Pablo para que merezcáis tener como el gran celo por la religion y la propagación de la palabra de Dios; encomendaos á San Juan Bautista para que tengais como él el desprendimiento de los bienes de este mundo, y el valor de desafiar y hacer frente á la iniquidad: él combatió la impiedad y los escándalos de los poderosos de su tiempo, y no tuvo temor de los Reyes ni de las prisiones. Pedid á San Juan Evangelista para que os conceda el dón de la caridad. Vosotros sabeis que San Juan ha sido llamado el Apóstol de la caridad y que la predicó siempre á sus discípulos. *Filioli*, les decía, *diligite alterutrum*; y tanto los repetía estas palabras, que se cansaban de oírse las. Pero el santo Apóstol no por eso dejaba de

repetirles: *Diligite filii alterutrum*; porque la caridad es fundamento de todas las virtudes. En fin, rogad á San José, á quien hemos escogido por Protector de la Iglesia, para que la proteja y la libre pronto de todos los males que la abruma; y pedidle también que os asista en la hora de la muerte y os haga tranquilo y fácil el tránsito de esta vida de miserias á la bienaventuranza eterna.

Sed, pues, constantes; y pedid á Dios y á sus Santos que os confirmen en esta virtud, que constituye vuestro honor y mi más dulce contento. Entre tanto, os bendigo: bendigo á vuestras familias, vuestros bienes, vuestros negocios; ruego á Dios que os bendiga y recompense, y que os conceda la gracia de ver á vuestros queridos hijos conservarse siempre como buenos. Que esta bendición os acompañe todos los días de vuestra vida, y despues en el Paraíso durante toda la eternidad.

Benedictio Dei, &c.

LA MEDIA RELIGION.

HAY en religion doctrinarios como en política. Hay hombres que por huir de los extremos de ser religiosos de véras, ó de véras irreligiosos, adoptan en estas materias un cierto término medio que les permita ir tirando, tirando siempre, navegando, como se dice, entre dos aguas. Su divisa es: ni impiedad, ni fanatismo. Por impiedad entienden las blasfemias de Garrido y de Suñer, y el programa ateo de la Internacional. Por fanatismo entienden (¿quién ignora lo que entienden ciertas gentes por fanatismo?) las prácticas populares de piedad, el dogma de las indulgencias, la Bula, los ayunos, la frecuencia de los Sacramentos, la novena, el Trisagio, &c. Estos tales suelen jactarse á boca llena de ser ellos los únicos que lo entienden como debe entenderse todo en el siglo de la ilustracion. La masa

comun de los católicos, envolviendo en esta masa al Clero, con su Papa y Obispos á la cabeza, viven sumidos todos en un mar de preocupaciones y tonterías indignas de los tiempos de progreso en que vivimos. "Conviene, dicen á todas horas, ser católico, pero no beato; tener ideas religiosas (*sentimientos religiosos* aún les gustan más), pero nunca ser un neo."

Este catolicismo de nuevo cuño, que es el verdadero neo-catolicismo, ha nacido, no de error del entendimiento, sino de cierto refinado espíritu de conveniencia. Muchos hombres sin convicciones religiosas, ó que las tienen muy frías, han dicho para sus adentros: "No: no puedo ser impío; el desearo del ateísmo repugna á mi corazón, educado por una madre cristiana; los remordimientos me harían desgraciado. Además (este *además* vale todo el oro del Perú), el ateísmo declarado en sociedad, y sobre todo para un padre de familia, nunca será cosa *decente* ni regular. Pero (los *peros* suelen ser invención de Satanás) tampoco quiero ser del número de los beatuchos, siempre con el rosario á cuestras, hecho pilar constante de una iglesia, y que por fanático me señalen las gentes y me conozcan todos los abonados á las Cuarenta Horas: ¡No en mi vida, á lo ménos en mi juventud!"

Resultado de este *arreglo* de cuentas es lo que llamo yo la *média religion*, que es la que por desgracia está más en boga. Religion sin prácticas enojosas, sin serios compromisos, sin deberes que cuesten, sin sacrificio alguno; religion con todas las aparentes ventajas de la verdadera, y al mismo tiempo con toda la libertad y conveniencias de no tener ninguna. Ejemplo al canto. Conocéis á don Paulino? Pues cuenta que á ese caballero le habeis visto por lo ménos doscientas veces en vuestra vida. Don Paulino es un tipo en el cual están como compendiados todos los rasgos de esa quisicosa que en algunos hace

veces de catolicismo, y que yo me he atrevido á bautizar con el nombre de *média religion*. Don Paulino va á misa los días de guardar: es verdad que suele olvidarse alguna vez; pero al fin, no es voluntad lo que le falta... son las malditas ocupaciones lo que le sobran. Ya se ve, pues, que él no tiene la culpa. Va á la iglesia muy á menudo; es decir, *média* hora por lo ménos ó veinticinco minutos cada semana; es decir, la semana que no sale á impedirlo la consabida ocupacion.

Ayunar! ¿Y quién le hará creer á mi don Paulino que este sea precepto formal de la Iglesia, obligatorio para todo católico de edad viril y salud robusta como la suya? ¿Pues no dice él, con superior teología, que esas son *cosas* de Curas y de mujeres? ¿Cómo si Cristo hubiese fundado una religion para Curas y mujeres, y otra para los caballeros ilustrados como él! Indulgencias! Valgame San Blas bendito! ¿Quién osó sacar á colacion tal palabrilla? ¿Pensais acaso, os diré, que soy yo una beata de poco más ó ménos para creer en esas chochees?

—Pues entonces sois incrédulo, ó protestante por lo ménos, puesto que negais un dogma de fe.

—Alto, alto, y no me insulteis, que me precio de muy católico, tanto como vos y tanto como el Papa, entendéis? Voy á misa todas las fiestas... que puedo; creo en Dios, y hago de vez en cuando mis limosnas, que por cierto las trae el diario. Lo que no quiero es ser fanático, mogigato, santurron y sacristan como tantos hipócritas.

—Bien, don Paulino, amigo mio, bien; á tiro de ballesta se os echa de ver que sois hombre del día y montado al uso del siglo actual, que en todo está por los términos medios. Sois católico veinticinco minutos cada semana, cuando no lo impide la ocupacion; os acordais de Dios, como si no existiese; obedecéis al Papa, lo mismo que al Gran Mogol, y sabeis y seguís las prácticas de vuestra ley,

ni más ni ménos que yo las del Código de la China. Dogmas esenciales de nuestra fe, preceptos de gravísima obligacion, los teneis vos por *cosas* de Curas y de mujeres. Sabedlo, pues, amigo mio, vos y los vuestros, que juntos sois muchos; el justo medio que pretendéis adoptar en cosas de religion, no existe. Clarito. Vos no teneis religion. En materia de religiones es preciso ser muy radical. Quien no la admite toda, toda, con todos sus dogmas, con todas sus prácticas, con todas sus *cosas*, incluidas las *cosas* de Curas y mujeres, la niega toda. En buena lógica no deberian conocerse en el mundo más que dos grupos: el de los devotos y el de los incrédulos. La religion completa exige la devocion, que no es sino la práctica amorosa de ella. Lo que se llama, pues, la *média religion*, no es tal, sino un medio para pasarse bonitamente sin religion alguna, ahorrando al corazón algunos remordimientos y al vulgo de las gentes alguna murmuracion. Es decir: la *média religion* es una religion superficial, una religion á grandes rasgos, una religion á vista de pájaro, una religion más cara, una religion para llenar el expediente en este mundo, y nada más. Consiguiese con ella acallar un poco el grito de la conciencia, y dar otro poco de satisfaccion á lo que exigen las conveniencias sociales. Es la religion fácil, cómoda, libre, de los que no tienen valor para no tener ninguna, y vivir y morir como bravos ateos. Es el ateísmo de los cobardes.

¡Lástima que para todo sirva, ménos para engañar á Dios!

F. S. y S.

(Revista popular).

SAN VICENTE DE PAUL.

Al frente de los amigos de los que padecen contemplo un hombre que recibió del cielo la más exquisita sensibilidad, elocuente con la fortaleza

del ánimo y sus grandes virtudes, fe-cundo en ideas generosas, sublime y popular en sus discursos, dotado de rara presencia de ánimo, de concepcion de altas empresas, de imaginacion atrevida, de recto juicio, de prudencia consumada; en fin, de celo ardiente é inalterable, de un atractivo de persuasion que conquista todas las opiniones, y del talento más raro todavía de abrasar los corazones con el fuego que inflama el suyo: este hombre todo lo anima, propone las buenas obras, discute los medios de ejecutarlas, indica los recursos, disipa los obstáculos y se comunica con el Gobierno, con los ricos, con los desgraciados. Su mirada abarca todas las provincias, vela por la Patria, se halla presente en toda calamidad, su beneficencia alcanza á todas las desgracias, arrebatada á sus oyentes en medio de los desastres públicos, los arrastra en el torbellino de caridad que le rodea, los aterra, los hace derramar lágrimas, los oprime á sollozos y les arranca el alma para darles la suya: este hombre de la Providencia es Vicente de Paúl, quien, en medio de las asambleas de la caridad, parece decir con una voz que resuena hasta los confines del reino, como el Hijo de Dios: "¡Venid á mí todos los afligidos, que yo os aliviaré!"

EL CARDENAL MAURY.

TATA GIOVANNI.

Hacia la mitad del siglo pasado, todos los días, al amanecer, en Roma, salía de su humilde choza, situada en la calle Julia, un hombre alto de estatura, de mediana edad, de aspecto franco, con un gorro colorado que le colgaba sobre una oreja á la usanza de los habitantes de la orilla derecha del Tiber. Un sobretodo roto cubria sus hombros, y tanto por su color como por sus vestidos, daba á conocer que ejercía una profesion enteramente servil: venian con él quince ó veinte muchachos, que hacían á su alrededor una bulla placentera, y al atravesar las calles su número se iba disminuyendo poco á poco hasta dejarlo sólo,